

VALORES PERMANENTES DEL SACERDOCIO LEVÍTICO¹²⁶

La manera en que Lucas y Juan presentan la misión de los Doce después de la resurrección, relaciona el carisma de los apóstoles más al profetismo hebreo que a su sacerdocio, ya que en *Hch* 2,3-4 el relato del milagro de Pentecostés parece aludir a *Nm* 11,25: “Yahvéh tomó del espíritu que había en Moisés y se lo dio a los setenta ancianos. Y en cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar”. Esta alusión parece tener un valor tradicional, ya que la *Tradición apostólica* de Hipólito de Roma (hacia el 215) hace referencia a *Nm* 11 en su oración para la ordenación de los sacerdotes¹²⁷; asimismo el *Euclologio* de Serapión de Thmuis (hacia el 350)¹²⁸. Por su parte *Jn* 20,21-23 presenta la misión de los apóstoles en términos de Pentecostés: “La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. El cuarto evangelista al narrar la vocación de los primeros apóstoles, había puesto de relieve la influencia del último y mayor de los profetas de la antigua alianza, Juan el Bautista: “Se encontraba... allí. Juan con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: ‘He ahí el Cordero de Dios’. Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús” (*Jn* 1,35-37). Llama la atención que en su *Ap* 11,16, Juan presenta a los dos testigos, mensajeros del Evangelio, como profetas, cuyos milagros renovarían los prodigios de Elías y de Moisés: “Estos tienen poder de cerrar el cielo para que no llueva en los días en que profeticen; tienen también poder sobre las aguas para convertirlas en sangre y poder de herir la tierra con toda clase de plagas, todas las veces que quieran”.

Así como la elección y la misión de los Doce están bajo el signo del profetismo, también la vocación de Pablo es descrita por él mismo en términos que recuerdan la llamada a los profetas; la de Jeremías (*Jr* 1,5), la del servidor de Yahvéh (*Is* 49,1), la de Juan el Bautista (*Lc* 1,15): “Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles” (*Ga* 1,15-16). Cuando Pablo relata al rey Agripa su conversión refiere las palabras que en aquella circunstancia había oído de labios de Jesús (*Hch* 26,16-18); éstas son del mismo tenor que los mensajes dados a los profetas: “... levántate y ponte en pie (cf. *Ez* 2,1); pues me he aparecido a ti para constituirte servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Te he elegido de en medio de este pueblo y de en medio de los gentiles a los cuales ahora te envío (cf. *Jr* 1,5-8), para que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz” (cf. *Is* 42,7-16).

Esta indudable relación del sacerdocio presbiteral con el profetismo de la antigua alianza ¿suprime acaso todo lazo con el sacerdocio hebreo? Parece que no. La oración para la consagración de un obispo, tal como es relatada en la *Tradición apostólica*, 3, de Hipólito, es a este respecto un documento de capital importancia, reflejo de ideas ampliamente difundidas y aceptadas en la Iglesia de los dos primeros siglos. Hipólito describe el sacerdocio de la nueva Ley con imágenes inspiradas sea en el Nuevo Testamento, sea en el profetismo y principalmente en el sacerdocio de la antigua alianza.

La petición “que él apaciente (*poimáinein*) tu santa grey” hace referencia a *Jn* 10,1-16; 21,15-

¹²⁶ Tradujo: Hna. Bernarda Bianchi di Carcano, osb. Abadía de Santa Escolástica.

¹²⁷ “... Como tú ordenaste a Moisés que eligiera ancianos quienes llenaste con el espíritu que hablas dado a tu siervo”. Cf. G. BOTTE, *La Tradition Apostolique de S. Hippolyte. Essai de reconstitution (Liturgiewissenschaftliche Quellen und Forschungen, 39)*, Münster-Westf. 1963, pp. 20-21.

¹²⁸ “Según tu gracia, por el espíritu de Moisés, derramaste el Espíritu Santo sobre los elegidos”. Cf. L. DEISS, *Aux sources de la liturgie (Vivante tradition, 3)*, Paris 1963, p. 143.

17; *Hch* 20,28; *1 P* 2,25, etc. La de “poder perdonar los pecados según tu mandamiento” y de “desatar todo lazo en virtud del poder que tú has dado a los apóstoles” aluden a *Jn* 20,23 y *Mt* 18,18. Pero la de *tou eguemonikou pneúmatos* que el Padre Murray traduce *spirit of leadership*¹²⁹, “espíritu de gobierno”, es una alusión al *Sal* 51,14 (el texto latino habla de *principalis spiritus*) y, veladamente, a *Nm* 1,25, ya citado. Este espíritu es el “que tú has dado a tu Hijo amado Jesucristo, que Él ha otorgado a sus santos apóstoles”; aquí es evocado un doble milagro: la manifestación de Cristo en el Jordán¹³⁰, y el milagro de Pentecostés¹³¹. El Espíritu descendió sobre Cristo con ocasión de su bautismo en el Jordán, antes de descender sobre los apóstoles en Pentecostés, sobre los obispos en el momento de su consagración.

Ahora bien, el “espíritu” pedido para el obispo no es sólo un “espíritu de gobierno”: es al mismo tiempo un *pneuma arjieratikón* “espíritu de sumo sacerdocio”; el obispo debe *arjieratéuein* “ejercer el sumo sacerdocio”, “realizar un servicio litúrgico” (*leitourgounta*), y esto “noche y día”. Los apóstoles en vez del “santuario” del Templo, “han edificado la Iglesia... para la gloria y la alabanza incesante de tu nombre”. Es necesario que el obispo, con su intercesión obstinada “torne continuamente propicio tu rostro” (*ilárkesthai*); él tiene el deber “de ofrecerte (*proférein*) los dones de tu santa Iglesia”. La oración concluye con el augurio de que el nuevo obispo “te presente un perfume suave mediante tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor”. La parte concedida por Hipólito, en las actividades del obispo, al culto, a la alabanza y a la ofrenda es ciertamente muy amplia. Particularmente notable es la última petición, porque con las palabras “te presente un perfume suave” (*proférontá soi osmén euodías*) alude a *Ef* 5,2: “... Vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó (*profórán*) por nosotros a Dios como obligación y víctima de suave aroma (*eis osmén euodías*)”; la oración de Hipólito tiene así un significado eucarístico.

Dado que los presbíteros asisten al obispo como los setenta ancianos ayudaban a Moisés, es muy clara la alusión a *Nm* 11,25 (cf. arriba) en la oración para la ordenación de los sacerdotes que nos ha sido transmitida por la *Tradicón apostólica*, 7 de Hipólito. Los presbíteros compartirán las responsabilidades del obispo; ellos sostendrán y gobernarán (*antilambánesthai kai kubernan*) al pueblo de Dios; servirán a Dios “con simplicidad de corazón, alabándote por medio de tu Hijo Jesucristo”. El participio *laudantes*¹³², unido a *ministremus*¹³³, presenta el “servicio” ante todo como un servicio litúrgico.

La *I Clem* a los Corintios (escrita hacia el 95) presenta gran afinidad con la *Tradicón apostólica* de Hipólito; indudablemente se trata de un fondo tradicional común¹³⁴. Ahora bien, en los cap. 40 y 41 Clemente hace el paralelo entre las categorías de fieles de las dos alianzas, pero disminuyendo las diferencias entre ellos. En el cap. 40, que trata del Antiguo Testamento, emplea la palabra neotestamentaria *diaconíai* para los levitas. Después de haber mencionado en el cap. 40 cuatro categorías distintas de fieles, el sumo sacerdote (*arjierai*), los sacerdotes (*ieréusin*), los levitas, los laicos, en el cap. 41 hace una aplicación inmediata a los cristianos: “Cada uno de vosotros, hermanos, en su propio orden ofrezca a Dios acciones de gracias, con buena conciencia, sin traspasar los límites determinados por su ministerio (*leitourguías*), con dignidad”. La relación inmediata entre ambos pasajes y su contenido parecen indicar que Clemente ve en el sumo sacerdote de la antigua alianza el equivalente del obispo, en los sacerdotes, el *presbyterium* y en los levitas, nuestros diáconos. Por otra parte él continúa el

¹²⁹ Cf. R. MURRAY, *Christianity's "Yes" to Priesthood*, en *The Christian Priesthood. 9th Downside Symposium*, ed. N. Lash - J. Rhymer, London 1970, p. 36; B. BOTTE, *op. cit.*, p. 9, traducido *Esprit souverain*.

¹³⁰ Cf. HIPPOLYTE, *Commentaire sur Daniel*, IV, 36 y 57, ed. M. Lefèvre, *Sources chrétiennes*, 14, Paris 1947, pp. 336-337 y 337-379; J. LECUYER, *Episcopat et presbytérat dans les écrits d'Hippolyte de Rome*, en *Recherches de science religieuse*, 41 (1953), p. 40 (texto y n. 37).

¹³¹ Cf. IRENEO, *Adv. Haer.*, III, 17,2, ed. F. Sagnard, *Sources chrétiennes*, 34, Paris 1952, p. 304: *Hunc Spiritum petiit David humano generi dicens: et Spiritu principali confirma me. Quem et descendisse Lucas ait post adscensum Domini super discipulos in Pentecoste.*

¹³² En L (versión latina); E (versión etiope) trae *glorificantes et laudantes*. Cf. B. BOTTE, *op. cit.*, p. 22.

¹³³ En L: *ministrare*; en E: cf. *ibidem*.

¹³⁴ Los capítulos 40-44 de la *I Clem* mencionados aquí, se citan según PG 1,288 A-300 A.

paralelo diciendo que así como los sacrificios debían ser ofrecidos en Jerusalén, así en la nueva economía no se pueden ofrecer sino “ante el santuario, sobre el altar”. Los obispos y los presbíteros son los sucesores de los apóstoles (caps. 42 y 44), de aquellos que después de haber recibido la *pleroforía pneúmatos aguíou*, “fueron a anunciar la buena noticia de la venida del reino de Dios” (cap. 42). Herederos de su función, obispos y presbíteros tienen por lo tanto la misión de proclamar la palabra de Dios (cap. 42), de “servir (*leitourguésantas*) de modo irreprochable, con humildad, serenidad y generosidad a la grey de Cristo” (cap. 44), de la cual son “las primicias” (*tas aparjás*) y a la cual deben dar ejemplo de justicia y de fe (cap. 42); junto con el obispo y los demás liturgos, los presbíteros examinan la ofrenda y ofrecen el sacrificio (cap. 41). Su presbiterado es puesto en paralelo con el sacerdocio de Aarón (cap. 43), al cual Clemente considera como una parábola del presbiterado cristiano; como muchas parábolas, la del sacerdocio levítico contiene varios rasgos alegóricos; a una semejanza de carácter general ella añade más de una notable coincidencia. Juan el Bautista era profeta: “Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo” (*Lc 1,76*); pero él era a la vez de familia sacerdotal y sacerdote. La situación de los ministros cristianos es análoga: como los apóstoles, tienen la misión de anunciar el Evangelio en calidad de profetas; como los apóstoles, han sido elegidos “para estar con Jesús” (*Mc 3,14*), participar en su intimidad, en su oración y en sus sufrimientos, y para repetir sobre el pan y sobre el vino los gestos de la última Cena, según el mandato de Cristo.

I. ORIGEN E INSTITUCIÓN DEL SACERDOCIO LEVÍTICO

La tribu de Leví fue al principio una tribu secular¹³⁵; Leví es uno de los doce hijos de Jacob; su tribu es una entre las doce, sin atribuciones particulares. El cambio de status de esta tribu data probablemente de la época de la repartición del territorio de Palestina entre las tribus de Israel. Por razones que ignoramos, tal vez porque demoró más que las otras tribus en tornarse sedentaria, la tribu de Leví se encontró sin territorio tribal. En compensación obtuvo en Judea e Israel el status de los *Gerím* o extranjeros: “Había un joven de Belén de Judá, de la familia de Judá, que era levita y residía allí como forastero” (*Jc 17,7*). Así como no todos los sacerdotes eran levitas, tampoco todos los levitas eran sacerdotes; el título de sacerdote designaba una función; el levita se convertía en sacerdote cuando le era atribuida esta función: “Miká invistió al levita; el joven fue sacerdote” (*Jc 17,12*).

Es posible que la atribución de las funciones cultuales a la tribu de Leví provenga del esfuerzo que ella hizo por darse una razón de existir y medios de subsistencia, y remediar los inconvenientes de la falta de territorio. Los levitas, ejercitando una función respetada y juzgada necesaria por parte del pueblo de Dios, se aseguraban salario y honor. Con todo, el texto sagrado da una explicación diferente. En *Ex 32,25-29* encontramos el relato muy sugestivo de la atribución de las funciones sacerdotales a toda la tribu de Leví. El contexto anterior (*Ex 32,1-24*) es antiguo, sin duda una mezcla de elementos de las dos primeras tradiciones, la yavista y la eloísta; el papel antipático de Aarón, la ausencia de toda alusión a su carácter sacerdotal, son precisamente índices de antigüedad, porque es la tradición posterior, la sacerdotal, la que embelleció los rasgos de Aarón e hizo de él el primer sacerdote de Israel. Por lo tanto *Ex 32* tiene un interés particular, porque se remonta, sin ningún agregado, a los mismos orígenes del pueblo.

Es verdad que los vv. 25-29 son tal vez una inserción más tardía¹³⁶ que se enlaza con el episodio del becerro de oro mediante el agregado del v. 25b: “Pues Aarón había permitido al pueblo entregarse a la idolatría en medio de sus adversarios”. El marco del relato podría por lo tanto ser ficticio. Pero esto importa poco, ya que dichos versículos son la expresión de un tema

¹³⁵ Cf. A. CODY, *A History of Old Testament Priesthood (Analecta biblica)*, 35, Roma 1969, pp. 33-38, 52-61, 146-156.

¹³⁶ Hecha, sin embargo, antes del siglo VIII. Cf. A. CODY, *op. cit.*, p. 151.

tradicional, expresado igualmente en Dt 33,9a: “El (Leví) dijo de su padre y de su madre: ‘No los he visto’. No reconoce a sus hermanos e ignora a sus hijos”. Podemos, pues, tomar los vv. 25-29 tal como se nos presentan; aun si no corresponden a la situación indicada, responden a una situación análoga y en todo caso expresan una doctrina.

En ausencia de Moisés, que se demora sobre el monte hablando con Dios, Aarón, demasiado débil, cedió a los caprichos del pueblo fabricándole un becerro de oro: “Moisés viendo al pueblo desenfrenado, se puso a la puerta del campamento y exclamó: ‘¡A mí los de Yahvéh!’ y se le unieron todos los hijos de Leví. El les dijo: ‘Así dice Yahvéh el Dios de Israel: Cíñase cada uno su espada al costado; pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta, y matad cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente’. Cumplieron los hijos de Leví la orden de Moisés; y cayeron aquel día unos 3.000 hombres del pueblo. Y dijo Moisés: ‘Hoy os habéis ganado la investidura¹³⁷ como sacerdotes de Yahvéh, a costa de vuestros hijos y vuestros hermanos, para que él os dé su bendición’”.

a) *Celo por Dios*

La orden es evidentemente atroz y bárbara; admitida por las costumbres de aquel tiempo, ya no es admisible según las costumbres cristianas. Nos chocan, legítimamente, tales medidas, así como nos chocan, y aun más, los anatemas pronunciados en el Antiguo Testamento contra la población de una ciudad a la cual es obligatorio pasar a cuchillo incluso a los ancianos, las mujeres y los niños. Y no nos es menos antipática la crueldad de Elías que degüella a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, sin exceptuar a ninguno (1 R 18,19. 22. 40), y más tarde hace descender fuego del cielo sobre dos capitanes de cincuenta hombres con sus destacamentos de soldados (2 R 1,9-12). El relato de Ex 32 por su naturaleza puede resultar chocante a muchos oídos y muchos espíritus. Se da, por lo menos a primera vista, una imagen muy dura del sacerdocio levítico¹³⁸. Pero en realidad ese gesto es un acto de misericordia, porque se trataba de impedir, mediante el sacrificio de 3.000 hombres, el exterminio de todo el pueblo (cf. Ex 32,10: “Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore”). Este designio de misericordia aparece aun más claramente en el episodio paralelo de Nm 25,6-13: “... A los mismos ojos de Moisés y de toda la comunidad de los hijos de Israel”, un israelita había presentado una mujer madianita “a sus hermanos”. Pero Pinjás, hijo de Eleazar hijo del sacerdote Aarón, al ver esto salió de la asamblea, tomó una lanza, siguió al israelita hasta dentro de la alcoba y los atravesó a los dos, al hombre israelita y a la mujer, en pleno vientre. Entonces se detuvo la plaga que azotaba a los hijos de Israel. Los muertos por la plaga fueron 24.000. Después el Señor habló a Moisés diciendo: “Pinjás, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón ha aplacado mi furor contra los hijos de Israel, porque él ha sido, de entre vosotros, el que ha sentido celo por mí; por eso no he acabado con los hijos de Israel a impulso de mis celos. Hazle saber esto: Le concedo a él mi alianza de paz. Habrá para él y para su descendencia después de él una alianza que le asegura el sacerdocio perpetuo. En recompensa de haber sentido celo por su Dios, él podrá celebrar el rito de la expiación sobre los hijos de Israel”. Pinjás al no vacilar en sacrificar a dos personas gravemente culpables salva al pueblo de la destrucción total. Si 45,23 recordando y comentando esta intervención dice: “Pinjás, hijo de Eleazar, es tercero en la gloria” (después de Moisés y Aarón):, “él fue celoso del temor del Señor; se mantuvo firme en la revuelta del pueblo por la energía de su alma resuelta, y obtuvo *así el perdón para Israel*”. Cristo, por su parte, será noble y magnánimo pero de otra manera. En vez de sacrificar a algunos culpables para salvar a los muchos, se sacrificó a sí mismo por los pecadores; y así nos dio el ejemplo y la fórmula de la más costosa misericordia, que es la más alta y la más hermosa.

¹³⁷ Lit.: “Vosotros habéis llenado vuestras manos” (de las porciones de las víctimas); cf. *Éxodo* 28,41. Como hace notar A. CODY (p. 154), hay aquí indudablemente un juego de palabras: los levitas “han llenado sus manos” con la sangre de los que han matado; en recompensa “sus manos serán llenadas” con los poderes del sacerdocio.

¹³⁸ Cf. A. VANHOYE, *Situation du Christ Hébreux*. 1-2 (*Lectio divina*), 58, Paris 1969, pp. 372-374.

Sin embargo desde el Antiguo Testamento la idea de piedad para con el pueblo aparecía a menudo relacionada con la figura del sacerdote. ¿No debía él acaso ofrecer una vez al año, además del sacrificio “por su propio pecado... por sí mismo y por su casa” (*Lv* 16,6), otro por “todas las culpas de los hijos de Israel, todas sus transgresiones y sus pecados” (*Lv* 16,21)? Este sacrificio anual fomentaba y mantenía en los sacerdotes la piedad para con las flaquezas de sus hermanos israelitas. El sacerdocio levítico tenía un fin expiatorio; los sacerdotes, asumiendo “el cuidado del santuario y del altar”, querían evitar que la cólera divina se encendiese “contra los hijos de Israel” (*Nm* 18,5). El sacerdote levítico es el que intercede por los pecados de los hijos de Israel, el que procura apartar de ellos los flagelos y sacarlos de la senda del mal (cf. *Ml* 2,6). De este modo Aarón, organizando a toda prisa un rito de expiación, salva a la comunidad que Dios quiere hacer perecer por entero “en un instante” (*Nm* 17,10), y de la cual ya habían muerto 14.700, “sin contar los que murieron por causa de Coré” (*Nm* 17,14). He aquí por qué Jeremías, sacerdote de Anatot (*Jr* 1,1) constituido con un designio de severidad: “para extirpar y destruir, para perder y derrocar”, lo es a la vez con un designio de misericordia: “para reconstruir y plantar” (*Jr* 1,10), como Onías dice en sueños a Judas Macabeo: “Este es el amigo de sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo y por toda la ciudad santa: Jeremías, el profeta de Dios” (*2 M* 15,14). Por lo demás el antiguo sumo sacerdote Onías se aparece a Judas, en la misma visión, “suplicando con las manos extendidas por toda la nación de los judíos” (*ibid.* 12). Jeremías por un momento había recibido de Dios la prohibición de interceder: “En cuanto a ti, no pidas por este pueblo ni eleves por ellos plegarias ni oración, ni me insistas, porque no te oiré” (*Jr* 7,16). Parece que la obstinación de Jeremías en interceder por el pueblo molestó a Dios. Si *Os* 6,9 destaca con tanta indignación: “Como emboscada de bandidos es la pandilla de sacerdotes; asesinan por el camino de Siquem, y cometen infamia”, es porque la actitud normal del sacerdote debería ser, según él, la no violencia, la piedad, la reconciliación.

Los sacerdotes además de orar por el pueblo, lo bendicen en nombre de Dios (*Dt* 10,8; 18,8; 21,5; *Si* 50,20-21, etc.). ¿Cómo no habrían de tener piedad de aquellos a quienes anuncian y traen la misericordia de Dios? Evidentemente sería un contrasentido sólo pensarlo: “Puestos en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados, pueden sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados” (*Hb* 5,1-2).

Si *Ex* 32, texto de la institución de los levitas no los señala en primer lugar con aquellos rasgos de dureza implacable que una lectura superficial del relato podría sugerir, el sacerdote levítico aparece allí claramente como conductor de pueblos que, dado el caso, hace frente a la multitud con riesgo de perder su popularidad; justamente es el haber faltado a esta obligación lo que hace tan reprehensible a Aarón. Ya se encuentra en él como característica del sacerdote levítico aquel poder de gobernar que es reconocido como una de las funciones esenciales del sacerdote del Nuevo Testamento. El sacerdote obsesionado por la preocupación de estar a la moda, no es un sacerdote ni según el Antiguo Testamento, ni según el Nuevo; porque tanto según uno u otro, él debe ser un hombre lúcido que no se deja deslumbrar por los *slogans*, sino que sabe discernir lo puro y lo impuro; un hombre firme, que no cede a las presiones individuales o colectivas. El escucha, dialoga, procura comprender, convertirse y renovarse continuamente con todo, él es el que guía, no el que sigue. Si se espera del sacerdote la adaptación y la humildad, también se espera de él la intransigencia cada vez que están en juego el honor de Dios y la integridad de la doctrina o la pureza de la moral; él no tiene derecho de ser “una caña agitada por el viento” (*Mt* 11,7). Se diría que un primer Pentecostés animó entonces a los hijos de Leví, como más tarde el segundo debía animar y transformar a los apóstoles, haciéndoles pasar de la pusilanimidad a la intrepidez. Los sacerdotes levitas son los que dicen “a todo Israel”, con una firmeza nunca desmentida: “Calla y escucha, Israel. Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvéh tu Dios. Escucharás la voz de Yahvéh tu Dios y pondrás en práctica los mandamientos y preceptos que yo te prescribo hoy” (*Dt* 27,9-10). Para Jeremías, uno de los grandes pecados de los sacerdotes y de los profetas es decir que todo va bien, cuando en realidad es muy diferente: “Han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera, diciendo: ‘¡Paz, paz!’”, cuando no había paz” (*Jr* 6,14).

El sacerdote levítico es celoso por los intereses y el honor de Yahvéh; está consagrado al

servicio de sus derechos y de sus exigencias, aunque fuere al precio de los sacrificios más dolorosos, pues se le ordena matar, si fuere necesario, al hermano, al amigo o al pariente, lo que la mayor parte de los levitas ciertamente no habrán hecho con un corazón alegre; lo hicieron porque tal era el deseo de Yahvéh. La orden cruel de Moisés por inaceptable que sea para nosotros, preludia a su manera las palabras de Jesús: “Sígueme y deja que los muertos entierren sus muertos” (Mt 8,22). “Si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,26). El seguimiento de Cristo exige disponibilidad, olvido de sí y, dado el caso, sacrificio de los afectos más queridos; se les recuerda esto a menudo a sacerdotes y religiosos. Yahvéh no exigía menor heroísmo de los levitas del Antiguo Testamento.

Sería muy provechoso releer algunas frases incisivas de Martín Lutero King: “... La mayoría de los hombres y en particular de los cristianos, son termómetros que transcriben y registran la temperatura de la opinión de la mayoría, no termostatos que transforman y regulan la temperatura de la sociedad”. ¿Será que nosotros, ministros de Jesucristo, habremos sacrificado la verdad sobre el altar del interés personal y, como Pilato, habremos adaptado nuestras convicciones a los reclamos de la multitud?¹³⁹.

b) ¿Separación?

La regresión del sacerdocio de los jefes parecería entonces compensada progresivamente por la atribución de las funciones culturales y sacerdotales a especialistas que cumplirán solamente este servicio, porque no se reclamará de ellos ninguna función profana. El lavado completo y el cambio de vestiduras exigido a Aarón y a sus hijos Nadab y Abiú (Ex 24,4-9; 40,12-14) antes de su investidura, y que se les prescriben cada vez que entran a la Tienda de la Reunión o se acercan al altar (Ex 40,30-32) son el símbolo de la separación y conversión interior, la *metánoia* normalmente indispensable para el ejercicio autorizado y calificado del servicio litúrgico de Dios. Se le dice claramente a Aarón: “Tú no tendrás heredad ninguna en su tierra; no habrá porción para ti entre ellos. Yo soy tu porción y tu heredad entre los demás hijos de Israel... Los levitas no tendrán heredad entre los hijos de Israel” (Nm 18-20,23).

Cristo, que “debía asemejarse en todo a sus hermanos” (Hb 2,17), sustituirá a esta doctrina de separación del pueblo la actitud de acercamiento y asimilación de aquél que “se hace todo a todos” (I Co 9,22).

La separación de los levitas, si bien era ante todo ritual, no era sin embargo puramente artificial, y la prohibición de toda clase de trabajos profanos creaba una barrera: “... los levitas aparecen como extranjeros en medio de aquellos entre quienes ejercen sus funciones”¹⁴⁰. Con todo su separación del conjunto del pueblo era menos radical de lo que a menudo se dice; bajos varios aspectos, era más aparente que real. Los levitas no sólo debían cumplir en el Templo numerosos servicios bastante materiales y, en sí mismos, profanos, sino que además la tribu de Leví, la única que carecía de territorio propio, comenzó desde la época de los Jueces a dispersarse fuera del territorio de Judá: “... en el momento en que se redacta el documento que sirve de base a la lista de las ciudades levíticas en Jos 21, los levitas estaban dispersados en todas las tribus de Israel”¹⁴¹. Por eso la tribu de Leví se encontraba de hecho en una situación inter-tribal que le era absolutamente propia; desde este punto de vista ella estaba más insertada en todo Israel que cualquier otra tribu.

Además, el sacerdote levítico, como el sacerdote cristiano, estaba “envuelto en flaqueza” (Hb 5,2), tanto más expuesto a las caídas cuanto que el sacerdocio, según la costumbre del antiguo

¹³⁹ *La force d'aimer*, Tournai, 1967, p. 28,31.

¹⁴⁰ R. DE VAUX, *Les Institutions de l'Ancien Testament*, Paris, t. 2 (1960), p. 215.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 230.

Oriente¹⁴², era hereditario en Israel. Dios había hecho su elección una vez para siempre en la persona del antepasado de la tribu: “Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón” (*Hb* 5,4). Ahora bien, es evidente que este sacerdocio hereditario tiene inconvenientes graves; no todos los hijos poseen necesariamente las virtudes, la inteligencia, la prudencia y la doctrina del padre. Los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, creen poder tomar a la ligera las reglas del culto; levitas negligentes o ministros “de vanguardia” y antiformalistas, reaccionando contra un protocolo de ceremonias ciertamente muy minuciosas, presentan a Dios un fuego no conforme con las reglas: “Entonces salió de la presencia de Yahvéh un fuego que los devoró, y murieron delante de Yahvéh. Moisés dijo entonces a Aarón: ‘Esto es lo que Yahvéh ha declarado diciendo: Entre los cercanos a mí mostraré mi santidad, y ante la faz del pueblo manifestaré mi gloria’. Aarón no dijo nada” (*Lv* 10,2-3; cf. *Nm* 3,24).

Los dos hijos del sumo sacerdote Elí, Ofni y Pinjás, se comportarán mucho peor que Nadab y Abiú, porque son realmente hombres de mala vida, avaros, glotones, sin fe ni ley (*I S* 2,12-17). El sacerdocio hereditario fue experimentado en Israel, y la experiencia fue desfavorable. En la nueva economía no se renovarían esta experiencia, la vocación al sacerdocio será una vocación personal. Antecedentes o figuras de esta nota característica se encuentran en el Antiguo Testamento no entre los sacerdotes sino entre los profetas.

Las defecciones sin duda numerosas de los levitas, no eran estas para conferir prestigio a su sacerdocio, como tampoco para ponerlo “aparte” y sobre el candelero.

Por otra parte, en varios de sus aspectos positivos, las condiciones de vida de los levitas eran muy semejantes a las de los sacerdotes cristianos. Así la falta de heredad en la tierra comporta compensaciones materiales. Los levitas que no tienen ocupaciones en el santuario y por lo tanto, dada la ausencia de territorio, no poseen recursos, deberán ser tratados por los israelitas con la misma caridad que ellos manifiestan “al extranjero, al huérfano y a la viuda que se encuentren dentro de los muros de la ciudad” y habrá que cuidar que no padezcan hambre (*Dt* 14,29). Los levitas que trabajan en el servicio del santuario podrán vivir “de los manjares ofrecidos a Yahvéh. y de su heredad” (*Dt* 18, 1), y se les destinan “todos los diezmos de Israel a cambio de su servicio, del servicio que prestan en la Tienda de Reunión” (*Nm* 18,21). Estas manifestaciones de caridad vinculan a los levitas con el conjunto del pueblo; el territorio que ellos no poseen lo han dejado a los israelitas; en compensación por este gesto de despojamiento y por sus servicios espirituales, los levitas pueden esperar que sus hermanos en Israel los proveerán del sustento. Por lo demás usarán de este derecho con discreción. Los hijos de Elí son tan reprobables y su pecado es “muy grande ante Yahvéh” (*I S* 2,17), porque faltan a esta discreción y quieren servirse aun antes de haber rendido homenaje a Yahvéh.

San Pablo reivindicará los mismos derechos para los ministros del Nuevo Testamento: “¿No sabéis que los ministros del culto viven del culto? ¿Que los que sirven al altar, del altar participan? Del mismo modo también el Señor ha ordenado que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio” (*I Co* 9,13-14). Pero el contexto del salmo 16, en el que un levita hace suyos, con desbordante alegría, y en una perspectiva puramente espiritual las palabras: “Yahvéh es la parte de mi herencia y de mi copa”, nos orienta sobre todo hacia un significado místico¹⁴³. No hay más que un solo tesoro concebible para el sacerdote: Dios mismo. El sacerdote no pide a los demás hombres sino lo que le es estrictamente necesario para su subsistencia; él rechaza las seguridades terrenas demasiado bien garantizadas, porque en lo más profundo de su ser no quiere otra cosa fuera de Dios, su servicio, su voluntad, su intimidad, su visión, su posesión.

La misma idea está expresada muchas veces sea en el Pentateuco (*Nm* 26,62; *Dt* 8,9; 12,12; 18,1-2), sea en otros libros (*Jos* 13,14-33; 14,3-4; 18,7); y hasta el siglo II a. C. en el libro de Ben Sira cuando hace el elogio de Aarón: “...en la tierra del pueblo no tiene heredad, ni hay en

¹⁴² *Ibidem*, pp. 214-215.

¹⁴³ Cf. P. GRELOT, *Le ministère de la nouvelle alliance (Foi vivante)*, 37, Paris 1937.

el pueblo parte para él, porque dice el Señor: Yo soy tu parte y tu heredad” (*Si* 45,22). A esta idea corresponde la idea conexas de que “el sacerdocio de Yahvéh será su heredad” (*Jos* 18,7). Ser llamado al sacerdocio y ejercerlo es una riqueza tal que vuelve inútil cualquiera otra posesión. Poseer el sacerdocio, para quien comprende esta vocación y se adapta a ella, es poseer a Dios.

La diadema que en el Antiguo Testamento era prescrita para el sacerdote, llevaba grabadas “como se graban los sellos” las palabras: “Consagrado a Yahvéh” (*Ex* 39,30). Nuevamente la misma idea: el sacerdote está consagrado a Yahvéh, y ésta es su principal riqueza, su gran felicidad.

Nm 3,12, de origen más tardío, da otra explicación, complementaria, sobre el origen de los levitas: “Mira que he elegido a los levitas de entre los demás hijos de Israel, en lugar de todos los que abren el seno materno. Los levitas serán, pues, para mí” (cf. también *Nm* 3,41-45; 8,16-19). En el tiempo de la décima y última plaga de Egipto (*Ex* 11,1-2.36; 13,1), los primogénitos de Israel fueron preservados. En agradecimiento por este milagro, Israel deberá consagrar a Dios todos sus primogénitos. Es notoria la importancia que los hebreos atribuían a las primicias de la vida; los sacerdotes, por lo tanto, primogénitos de Israel, eran considerados como los hijos privilegiados de Dios. Es ya el preludio de la palabra de Jesús: “No os llamo siervos... os he llamado amigos” (*Jn* 15,15).

El ambiente sacral del sacerdocio israelita se irá desarrollando continuamente hasta alcanzar aquella apostura hierática que aparece, por ejemplo, en el elogio de Aarón (*Si* 45,6-22) y en el de Simón, hijo de Onías (*Si* 50,1-21). La primera generación cristiana rechazó de su liturgia esta pompa que la torna tan pesada; la penetración del mundo pagano hubiera sido difícil, casi imposible, sin una gran simplificación de la liturgia y una flexibilización de todas las estructuras judías. La primera comunidad cristiana sintió a este respecto una necesidad idéntica o análoga a lo que nosotros experimentamos hoy ante el fenómeno del “tercer hombre”¹⁴⁴ y la secularización masiva del universo. Ella llevó tan lejos esta secularización del culto, que Pablo debió protestar enérgicamente en su primera carta a los Corintios recordando el carácter sacro de las asambleas litúrgicas, particularmente de la asamblea eucarística. Por lo tanto parece que bastante pronto se juzgó indispensable mantener o recuperar parcialmente el aspecto sacral de la liturgia judía.

II. LAS FUNCIONES DEL SACERDOTE LEVITA

Los sacerdotes levíticos están al servicio de un santuario, y no se concibe un santuario sin ministro; la mayor parte de los levitas desempeña un papel que se limita a las funciones inferiores del culto. Especialmente desde Ezequiel y en adelante, un clero más elevado, el de los descendientes de Aarón, es el que realiza las funciones propiamente sacerdotales y un clero inferior, las tareas más modestas. Para poder establecer cómo concibió Israel el ministerio de los sacerdotes es necesario comenzar por aquellos que ejercían las funciones propiamente sacerdotales. Un texto muy claro, *Dt* 33,8-10, menciona las tres funciones del sacerdote levítico según una jerarquía que corresponde al orden de su aparición: “Dale a Leví tus *Urím* y tus *Tummím* al hombre de tu agrado. Ellos han guardado tu palabra, y conservarán tu alianza. Ellos enseñan tus normas a Jacob y tu Ley a Israel; ponen incienso ante tu rostro, y perfecto sacrificio en tu altar”¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Cf. F. ROUSTANG, *Le troisième homme*, en *Christus* 13 (1966), n. 52, pp. 561-567.

¹⁴⁵ Cf. Alf. DEISSLER, *Das Priestertum im Alten Testament. Ein Blick vom Alten zum Neuen Bund*, en *Der Priestliche Dienst. I. Ursprung und Frühgeschichte (Quaestiones disputatae, 46)*, Herder, Freiburg-Basel-Wien, 1970, p. 9-80. El profesor Deissler recuerda, p. 32, que este texto del Deuteronomio es el texto clásico de los derechos y deberes del sacerdocio en Israel, y que pertenece a la prehistoria del Deuteronomio.

a) *Función de oráculo*

La primera función es la de oráculo: “Da a Leví tus *Urîm* y tus *Tummîm*”. Se va al santuario para conocer la voluntad de Dios, para recibir su consejo. Y para esto se consulta al hombre de Dios que, como Moisés -por un privilegio excepcional- hablará a Dios cara a cara, o más comúnmente, lo consultará por medio de su *efod* adivinatorio, al cual está sujeta una bolsa que contiene las suertes. El significado exacto del *efod* y de las palabras *Urîm* y *Tummîm*, que indican las suertes, no tiene mucha importancia en el contexto de nuestras preocupaciones teológicas actuales. Pero lo que importa recordar es que en la época más primitiva del sacerdocio de Israel, el sacerdote era considerado como aquél que, por la gracia de su vocación y a la vez por la de su frecuente trato con Yahvéh, está capacitado para aconsejar, iluminar, sostener a los miembros del pueblo; es el hombre a quien se pide un consejo, pero que no da la respuesta sino después de haberla pedido a Dios y de haberla recibido de él. ¿Cómo no ver en esto el esbozo del papel tan hermoso que debemos asumir como animadores de un diálogo espiritual, papel que no podemos ejercer con fruto si no somos hombres de Dios, en frecuente contacto con Él en la oración, siempre disponibles para con todos los que vienen a consultarnos, y para prestar oído a sus problemas, pero solícitos por darles, en vez de una respuesta únicamente humana, la respuesta misma de Dios: “... Ordinariamente -dice *Presbyterorum Ordinis* 12- Dios prefiere manifestar sus maravillas por medio de hombres que han aprendido a acoger el impulso y la inspiración del Espíritu Santo, por medio de hombres a quienes su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida habilitan para decir con el Apóstol: ‘Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí’ (*Ga* 2,20)”¹⁴⁶.

Desde David en adelante, esta función de oráculo en los sacerdotes va en regresión y es ejercida más bien por los profetas. Entonces ya no se habla más de *efod*, ni de *Urîm* y de *Tummîm*. Pero es posible que los sacerdotes hayan continuado transmitiendo a los fieles las respuestas de Dios, y esto hasta la destrucción del segundo templo; según *Jr* 2,8 el sacerdote es aquél que dice “donde está Yahvéh”. En todo caso es cierto que primitivamente esta función de oráculo era una actividad fundamental del sacerdote.

Sin duda, con esta función de oráculo hay que relacionar el ejercicio del derecho por parte de los sacerdotes. De hecho, en *Dt* 17,8-11, encontramos esta regla: “Si tienes que juzgar un caso demasiado difícil para ti, un asunto de sangre, colisión de derechos, o herida, un litigio cualquiera en tus puertas, te levantarás y subirás al lugar elegido por Yahvéh tu Dios, irás a los sacerdotes levitas y al juez que entonces esté en funciones. Ellos harán una investigación y te indicarán el fallo de la causa. Te ajustarás al fallo que te hayan indicado en este lugar elegido por Yahvéh, y procurarás actuar conforme a cuanto te hayan enseñado. Te ajustarás a las instrucciones que te hayan dado y a la sentencia que te dicten, sin desviar a derecha ni a izquierda del fallo que te señalen”. *Dt* 21,5 recuerda que “corresponde a los sacerdotes hijos de Leví... resolver todo litigio y toda violencia”. *2 Cro* 19,8 dice asimismo que “Josafat estableció en Jerusalén sacerdotes, levitas y cabezas de familia de Israel, para la administración de la justicia de Yahvéh y para los litigios”.

Estos tres últimos textos no hablan de oráculos recibidos, pero en el primero hay una valiosa indicación: “Ellos harán una investigación” (idem en *Dt* 19,18). El empleo de los medios sobrenaturales con el fin de dar un parecer autorizado no dispensa en modo alguno de usar todos los medios humanos sugeridos por una verdadera prudencia: se ora a Dios, es verdad, pero también se examina y se estudia el caso; se propone una solución y se acepta el verla contradecida, matizarla y modificarla. Hoy se recurre además, en caso de necesidad, a la psicología y a la medicina.

b) *Instrucción del pueblo de Dios*

¹⁴⁶Trad. *Unam Sanctam*, 68, p. 61.

Segunda función: “Ellos han guardado tu palabra, y conservarán tu alianza. Ellos enseñan tus normas a Jacob y tu Ley a Israel”. El sacerdote está encargado de la instrucción del pueblo (cf. Jr 18,18: “No va a faltarle la ley al sacerdote”); debe hacerle conocer la *tôrāh* y la historia de la salvación. Las tablas de la Ley eran conservadas en el Arca, que los sacerdotes debían custodiar; era natural que ellos fueran los comentaristas de aquella palabra de Dios que custodiaban. Este es el sentido de Ez 7,26 cuando anunciaba, entre los castigos futuros, que “le faltará al sacerdote la ley”. Jr 2,8 llama a los sacerdotes “intérpretes de la ley” o sea maestros de religión, que a menudo no tratan sino cuestiones de conducta práctica y de culto, pero cuyos conocimientos han de ser suficientemente vastos para que su enseñanza pueda afrontar los problemas más arduos. Por eso Os 4,6 dirá: “Perece mi pueblo por falta de saber: Ya que tú has rechazado el saber, yo te rechazaré de mi sacerdocio”. El sacerdote debe poder ser en Israel un instructor y un educador del pueblo. A diferencia del profeta, él es menos creador que intérprete; pero no es un mero repetidor, y el ejercicio de su función requiere conocimientos más amplios. Porque el profeta imparte una enseñanza ocasional, adaptada a una circunstancia determinada, en la cual él hace comprender el punto de vista de Dios; en cambio el sacerdote en Israel es el encargado del vastísimo depósito de la tradición, que debe hacer conocer y transmitir. Por eso el libro del Deuteronomio está constituido en su mayor parte por homilias, que algunos relacionan con la tradición sacerdotal o levítica.

En efecto, la presencia de los profetas no había dispensado a los sacerdotes de sus tareas doctrinales; con todo, es probable que éstas hayan sido cumplidas sólo por una élite. Lo esencial era mostrar que por lo menos el retrato ideal del sacerdote comportaba estos rasgos. Los textos son muy claros a este respecto.

Después del exilio, esta segunda función ya no será privilegio de los sacerdotes judíos. Será ejercida igualmente por los levitas y hasta por los laicos, ya que la profesión de escriba y de doctor de la Ley no estaba necesariamente ligada al sacerdocio. Desde entonces, la enseñanza no se dará más en el santuario durante el culto, sino que a menudo se impartirá fuera de las celebraciones y en las sinagogas; la importancia que adquirió la profesión de escriba, la cual comportaba el estudio profundizado de la Escritura y la enseñanza de la sabiduría, llevó a los sacerdotes a limitarse más y más a una tarea exclusivamente cultural. He aquí la razón por la cual después de la destrucción del Templo casi no se habla más de los sacerdotes, mientras que los rabinos adquieren un papel preponderante.

El sacerdocio levítico al perder su función de enseñanza, se empobreció considerablemente. Aquí se percibe todo el beneficio aportado por el Vaticano II, cuando insiste en presentar el ministerio sacerdotal como ordenado conjuntamente a anunciar el Evangelio y a celebrar la Misa. Quitar a los sacerdotes el estudio y la evangelización sería introducir un germen de gangrena en el presbiterado, ya que un lazo inseparable une la liturgia de la Palabra y la del sacrificio Eucarístico; y es evidente que el ejercicio de la función de enseñanza aumenta el prestigio y la eficacia del servicio del altar; éste es, por lo demás, una dimensión de la misión. Reducir el sacerdocio al culto no es una concepción judía, ni cristiana, sino pagana.

c) *Función cultural*

La tercera función sacerdotal prevista por Dt 33,10 era la función cultural. “Ellos ponen incienso ante tu rostro, y perfecto sacrificio en tu altar”. Como en el Vaticano II, el culto es mencionado en último lugar, después del ministerio de la palabra.

El ofrecimiento de los sacrificios se convirtió poco a poco en la función sacerdotal por excelencia en Israel, y desde entonces el sacerdote fue casi únicamente el hombre de la intercesión, aquél que, como dijo Yahvéh a Aarón: “carga con las faltas cometidas” (Nm 18,1) y alaba a Dios en nombre del pueblo. El P. de Vaux piensa que desde la primera mitad del siglo

VIII a. C. la oblación de los sacrificios fue “reconocida como privilegio del sacerdocio”¹⁴⁷. Otros podían inmolar, pero los ritos más elevados, como el de recoger la sangre, el de rociar con ella el altar y el pueblo y, más generalmente, todo lo que ponía en contacto inmediato con el altar, estaba reservado a los sacerdotes. En el tiempo de la reforma de Josías, el castigo “para los sacerdotes de los altos” es que “no podrás subir al altar de Yahvéh en Jerusalén (2 R 23, 9). El rey Ozías, que quiso “quemar incienso sobre el altar de los perfumes”, es castigado y queda leproso “hasta el día de su muerte” por haber usurpado una función que correspondía únicamente a los sacerdotes. Así se lo dijeron entonces “el pontífice Azarías y los ochenta fortísimos sacerdotes de Yahvéh, hombres valientes: ‘No te corresponde a ti, Ozías, quemar incienso a Yahvéh, sino a los sacerdotes, los hijos de Aarón, que han sido consagrados para quemar el Incienso’” (2 Cro 26,16-21). Por lo tanto es verdad que el sacerdote, como dice el P. de Vaux, es “propriadamente hablando el ‘ministro del altar’ y esta expresión cristiana encuentra en el Antiguo Testamento sus auténticos títulos de nobleza”¹⁴⁸.

En el umbral de la era cristiana, el sacerdote es definido ante todo por su función de intercesión (2 M 15,12 y 14 cit.). En el cristianismo, el poder de consagrar la eucaristía será igualmente el carisma fundamental del presbiterado, el más estable y, junto con el de perdonar los pecados, el único inalienable: “Así como la Iglesia es Iglesia no sólo cuando está reunida para la liturgia eucarística -escribe Pierre Colin- también el sacerdote es sacerdote no sólo cuando celebra los sacramentos. Esto no quita que en esos momentos el ser original recibido en la ordenación sacerdotal se manifieste con mayor claridad”¹⁴⁹.

Sin embargo, limitar el sacerdocio levítico a la intercesión es restringir la noción primitiva. Si en el conjunto de los sacerdotes descendientes de Aarón gran número se ocupó sólo del culto -como acontece muy legítimamente a una parte de los sacerdotes en los monasterios contemplativos, y a menudo a la mayoría- de otros se esperaba además una misión sapiencial, de juicio, de consejo y de enseñanza, que la institución profética no había suprimido. Es así que textos recientes conservan huellas de estas perspectivas antiguas y tradicionales. Si 45,15-17, en el siglo II a. C., dirá que Aarón fue elegido: “para presidir el culto, ejercer el sacerdocio y bendecir a su pueblo en nombre del Señor. Lo eligió entre todos los vivientes para presentar la ofrenda al Señor, el incienso y el aroma en memorial, y hacer expiación por el pueblo. Le dio, por sus mandamientos, potestad sobre las prescripciones legales, para enseñar a Jacob sus dictámenes e ilustrar a Israel en su ley”.

En el siglo V a. C., *Mi* 2,5-9 ofrece una rica síntesis de las concepciones tradicionales de Israel respecto del sacerdocio. A propósito de Leví dice: “... Él me temía y ante mi Nombre guardaba reverencia”, es el aspecto teocéntrico: el sentido de Dios, el respeto de su presencia y de su majestad deben llenar el alma del sacerdote. “La doctrina de verdad estaba en su boca, e injusticia no se hallaba en sus labios; en paz y en rectitud caminaba conmigo”. Leví unía la doctrina a una vida virtuosa, en la que la fidelidad y la lealtad, virtudes tan apreciadas en nuestra época, tenían un puesto característico. “El recobró a muchos de la culpa”, gracias a su celo que atraía y al carisma de la adaptación que deben resplandecer en los sacerdotes. “Pues los labios del sacerdote guardan la ciencia, y la Ley se busca en su boca porque él es el mensajero de Yahvéh Sebaot. Pero vosotros os habéis extraviado del camino, habéis hecho tropezar a muchos en la Ley...”. Por lo tanto se espera de los sacerdotes información, cultura, doctrina profunda y segura; ellos la dispensan en nombre de Yahvéh, con un agudo sentido de responsabilidad. “Por eso yo también os he hecho despreciables y viles ante todo el pueblo, de la misma manera que vosotros no guardáis mis caminos y hacéis acepción de personas en

¹⁴⁷ *Op. cit.*, p. 209.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 210.

¹⁴⁹ *Le Prêtre, un homme “mis a part”, mais non “séparé”*, en *Unam Sanctam*, 68, p. 262. Cf. *Presb. Ord.* 13: “En el misterio del sacrificio eucarístico, en que los sacerdotes cumplen su principal ministerio (*munus praecipuum*), se realiza continuamente la obra de nuestra redención, y, por lo tanto, encarecidamente se les recomienda su celebración cotidiana, la cual, aunque no pueda haber en ella presencia de fieles, es ciertamente acto de Cristo y de la Iglesia” (trad. *Unam Sanctam*, 68, p. 63).

vuestro magisterio”. La autenticidad y la imparcialidad son indispensables a los sacerdotes. Ellos deben empezar por practicar lo que están encargados de enseñar a los otros; además es necesario que sean los sacerdotes de todos: pobres y ricos, hombres y mujeres, pecadores y justos.

Si, por lo tanto, Israel esperaba de sus sacerdotes sobre todo la intercesión, sus ojos y oídos están fijos en ellos también para recibir un ejemplo en la observancia de la Ley, la enseñanza de esa misma ley y su interpretación. Reclama de ellos no solamente que oren más que los otros israelitas y que representen al pueblo ante Dios, sino también la santidad de vida, doctrina, prudencia, integridad, celo por la conversión de los pecadores. Los sacerdotes deben ser modelos y árbitros en medio del pueblo; también deben apacentarlo. Maestros acreditados del pueblo, luz en los casos difíciles de decidir, apreciados de todos por la dignidad de su vida, ellos cuidarán de no alejar a ninguno y de conducir nuevamente al buen camino a los descarriados.

Pero estas funciones diversas siempre están dominadas por un papel central en torno al cual convergen todas las otras actividades: el de mediador. “Sé tú el representante del pueblo delante de Dios”, decía Jetró, sacerdote de Madián, a Moisés su yerno, “y lleva ante Dios sus asuntos. Enséñales los preceptos y las leyes, dales a conocer el camino que deben seguir y las obras que han de practicar” (*Ex* 18,19-29). Va a Dios en nombre de los hombres, vuelve a los hombres en nombre de Dios; esto es lo fundamental para Moisés, levita¹⁵⁰, y para los sacerdotes del Antiguo Testamento; esto es lo fundamental también para los del Nuevo. Antes de ser “destinados al servicio de Yahvéh”, los levitas recibían la imposición de manos de los hijos de Israel (*Nm* 8,10-11). Sobre las hombreras del *efod* y asimismo sobre el pectoral estaban grabados “los nombres de los hijos de Israel... doce...”, según el nombre de cada una de las doce tribus. “Así Aarón llevará constantemente sobre su corazón, delante de Yahvéh el oráculo de los hijos de Israel” (*Ex* 28,21. 12. 30; cf. *Ex* 39,6. 7. 14). “Moisés, Aarón y sus hijos... estaban encargados del santuario en nombre de los hijos de Israel” se dice también en *Nm* 3,38.

Por consiguiente, en el pueblo de Dios del Antiguo Testamento y también en el del Nuevo, el sacerdocio aparece como una institución de mediación y de servicio. Es verdad que en la nueva economía el sacerdocio no es sino una participación en el único sacerdocio de Cristo; pero justamente ésta es su gloria. Los sacerdotes consagran y ofrecen a Dios el cuerpo y sangre de Cristo. Ellos son la prolongación visible de Cristo a lo largo de los siglos. Por Él, con Él y en Él, presentan a Dios, en unión con todo el pueblo cristiano y en su nombre, un sacrificio digno de Él, eficaz para perdonar los pecados, santificar a los hombres y purificarse a sí mismos; ellos ya no ofrecen una figura, sino una realidad, y una realidad divina: “Hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos”, escribe san Pablo (*I Tm* 2,5-6). Mientras que el sacerdote del Antiguo Testamento se acercaba a Dios sometándose a un conjunto de preceptos rituales, y por lo tanto de una manera muy extrínseca, Jesús, Hijo de Dios y hombre completo, “es el perfecto mediador. Al antiguo sacerdocio se le quitan los límites, no la intención fundamental que por el contrario encuentra finalmente su verdadero cumplimiento”¹⁵¹.

III. EL SACERDOCIO COLECTIVO DEL PUEBLO

La tradición de Israel testimonia una doble orientación: la sacralización de toda la nación y de todas sus actividades y la tentativa de separar lo profano de lo sagrado, para conservar a esto último toda su pureza. El sacerdocio “funcional” de los sacerdotes levíticos corresponde al segundo movimiento, mientras que el sacerdocio natural de los jefes corresponde al primero. Por eso al primer movimiento se relaciona también el sacerdocio colectivo del conjunto del pueblo. Es esencial percibir esta doble perspectiva para comprender las relaciones que se dan en

¹⁵⁰ A. CODY, *op. cit.*, pp. 39-52.

¹⁵¹ A. VANHOYE, *op. cit.*, pp. 370-371.

Israel entre el sacerdocio universal y el sacerdocio ministerial, sus afinidades y también aquello que distingue el uno del otro.

En *Ex* 19,6, Yahvéh dice formalmente: “Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Y *2 M* 2,17-18 hablará de “Dios que salvó a todo su pueblo y que a todos otorgó la heredad, el reino, el sacerdocio y la santidad, como había prometido por la Ley”. El pueblo de Israel era ya, como deberá ser un día el pueblo cristiano, la morada de Dios entre los hombres` (cf. *Ap* 21,3)¹⁵², el pueblo de Dios, lugar ordinario de la manifestación del Señor, ámbito en el cual y por medio del cual Él santificaría a los hombres y les comunicaría su salvación, educándolos e instruyéndolos progresivamente con el fin de preparar el nuevo pueblo que Él se habría de constituir en Jesús. Israel era ya “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (*I P* 2,9). Y ya valía para el pueblo sacerdotal de Israel lo que *Lumen gentium* 13, dice del pueblo cristiano: “Por lo cual este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos que estaban dispersos, determinó congregarlos finalmente en la unidad” (cf. *Jn* 11,52)¹⁵³. Israel era el pueblo que había de dar al mundo la luz imperecedera de la Ley” (*Sb* 18,4).

El sacerdocio y los sacrificios de los jefes, siempre deseosos de extender la influencia de su nación, eran una de las garantías de la voluntad de expansión misionera de Israel; por medio de ellos, todo el pueblo expresaba su expectación del día en que Dios “juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos” (*Is* 2,4), cuando todas las naciones confluirán al templo de Yahvéh (*Is* 2,2), promesas que han tenido su cumplimiento pleno en Jesús.

Los textos proféticos nos aseguran por lo tanto que Israel tenía desde entonces la misión que *Lumen gentium* 1, asigna al pueblo cristiano, de ser “como un sacramento o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”¹⁵⁴.

Las infidelidades de Israel tornarán provisoriamente menos visible esta dignidad sacerdotal del pueblo, pero el tercer Isaías le anuncia su “resacralización”: “Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Yahvéh, ministros de nuestro Dios se os llamará” (*Is* 61,6).

Por otra parte Israel distingue cuidadosamente entre sacerdocio universal del pueblo y sacerdocio particular de aquellos que, según la expresión de Moisés, son los “consagrados que él deja acercarse a sí” (*Nm* 16,5). Tan es así que el pecado de Coré, Datán y Abirón consistió en negar esta distinción: “Ellos se amotinaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: Esto ya pasa de la raya. Toda la comunidad entera es sagrada y Yahvéh está en medio de ella. ¿Por qué, pues, os encumbráis por encima de la asamblea de Yahvéh?” (*Nm* 16,3). Su pecado es considerado enorme, y por eso “la tierra abrió su boca y se los tragó con todas sus familias... Ellos bajaron vivos al *seol* con todo lo que tenían. Los tragó la tierra y desaparecieron de la asamblea” (*Nm* 16,32-33). Y más adelante, recordando este episodio, el libro de los Números dice: “ellos fueron un signo” (*Nm* 26,10); no ciertamente de la oposición, pero sí de la distinción entre los dos tipos de sacerdocio, y del privilegio absolutamente inalienable de los sacerdotes en cuanto al servicio del santuario. La misma doctrina permanecerá siempre valedera en Israel. De hecho el tercer Isaías después de haber anunciado la “resacralización” del pueblo, presenta como medio de conservar su carácter sacro, la elección, de entre el pueblo, de sacerdotes y levitas que ejerzan sus funciones: “Y de entre ellos tomaré para sacerdotes y levitas -dice Yahvéh” (*Is* 66,21).

Esta distinción entre los dos sacerdocios del Antiguo Testamento anunciaba, si bien con muchos matices diferentes, una distinción más rica, pero de alguna manera análoga, en el Nuevo. Para

¹⁵² *Lumen Gentium*, 6.

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ *Ibid.*

reaccionar contra la Reforma protestante, que había destacado el valor del sacerdocio universal de los fieles, relegando en la sombra el sacerdocio particular y ministerial de los sacerdotes, la teología católica post-tridentina había descuidado la doctrina del sacerdocio universal. Los textos del Vaticano II no se contentan con rehabilitar, a la luz de la Biblia, el sacerdocio común del pueblo de Dios; ellos unen ambos sacerdocios de tal manera que el sacerdocio ministerial no puede ser concebido sin una referencia al sacerdocio común. La vida de la Iglesia se realiza en el encuentro de ambos sacerdocios: la Eucaristía, en la cual el sacerdocio universal encuentra su expresión más rica, es una acción común del sacerdote y de los fieles. Es verdad que en ella sólo el sacerdote actúa “en persona de Cristo-Cabeza”, al cual presta en cierto modo su lengua y su mano: sólo él es el representante visible de Cristo. Con todo, la función del pueblo de Dios no es puramente pasiva; la forma misma de asamblea y de banquete expresa claramente la intervención de todos.

El sacerdote vela por el desarrollo regular de la asamblea, la preside y le anuncia la palabra de Dios. Le anuncia esta palabra como profeta. Sin embargo no se puede afirmar que la función profética le esté reservada sólo a él. Ya en el Antiguo Testamento la mayor parte de los profetas no eran sacerdotes; Jeremías, Ezequiel y Juan el Bautista, a la vez sacerdotes y profetas, son probablemente excepciones. El pueblo en su conjunto, por su vocación misionera, tenía un carácter profético. *1 P 2,9*, al decir que el pueblo cristiano posee un sacerdocio para “anunciar las alabanzas de Aquél que lo ha llamado de las tinieblas a su admirable luz”, nos asegura que este carácter profético de todo el pueblo ha sido conservado y además enriquecido por el nuevo pueblo que Dios se ha elegido en Jesús.

Por otra parte, además de los guías oficiales que son los sacerdotes, siempre ha habido en el pueblo cristiano como en el del Antiguo Testamento, guías carismáticos que Dios elige donde quiere, y a veces entre sus ministros; así, en nuestros tiempos el cardenal Newman, el hermitaño Carlos de Jesús, el Papa Juan XXIII. Otras veces Dios derrama su carisma fuera del orden jerárquico: los santos Luis IX, Juana de Arco, Tomás Moro y Teresa del Niño Jesús son un elocuente testimonio de ello. Por lo tanto, si bien hay una diferencia esencial entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio universal, y no una mera diferencia de grado, las afinidades entre uno y otro son numerosas. Los laicos “son hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo”¹⁵⁵.

Desde el pueblo sacerdotal y los sacerdotes levíticos del Antiguo Testamento al pueblo del Nuevo Testamento y su colegio presbiteral, se ha recorrido un inmenso y magnífico camino. Sin embargo permanece fundamentalmente la distinción entre los dos sacerdocios. La misión encomendada radicalmente a los sacerdotes por el sacramento del Orden, y que debe caracterizar toda su existencia, es la de portadores de la palabra de vida, de pastores responsables y prudentes del pueblo de Dios, de ministros dignos y celosos de los misterios cristianos. Los laicos tienen otras funciones que también son admirables, y otros carismas: “Entre los ministros y el resto del pueblo de Dios, una distinción es innegable”, ha escrito Mons. Philips¹⁵⁶, “pero esta diferencia no comporta desigualdad, sino equilibrada correlación. Si las dos categorías se confundieran, ya no podrían encontrarse ni enriquecerse mutuamente y se produciría una nivelación mortal”.

Tal vez parecerá que este estudio no pone suficientemente de relieve la originalidad del sacerdocio del Nuevo Testamento; realizado en espíritu de amistad judeo-cristiana y de respeto por los valores del Antiguo Testamento, él insiste más sobre el aspecto de continuidad que sobre el de ruptura. Por otra parte es notorio que el enfoque oriental del sacerdocio cristiano es mucho más cercano al Antiguo Testamento que el enfoque occidental, sobre todo contemporáneo¹⁵⁷. En

¹⁵⁵ *Lumen Gentium*, 31.

¹⁵⁶ G. PHILIPS, *L'Eglise et son mystère au deuxième Concile du Vatican. Histoire, texte et commentaire de la Constitution "Lumen Gentium"*, Tournai 1968, t. 2, pp. 23-24.

¹⁵⁷ En un libro magistral, el profesor A. FEUILLET ha demostrado recientemente en base a las numerosas reminiscencias, en el Nuevo Testamento, de los cánticos del Servidor de Yahvéh, la imposibilidad de aislar el

estos últimos años, muchas investigaciones muy documentadas y de gran valor han subrayado tan bien todo lo que hay de nuevo y de específico en el presbiterado cristiano, que hubiera sido menos útil volver a hablar de ello. Pero en ningún campo deben separarse una de otra las dos revelaciones y las dos economías: sería ingratitud, injusticia y falta de tacto. Importa por lo tanto saber lo que nosotros debemos a la Antigua Alianza y qué es lo que de ella conviene conservar según el designio y la voluntad de Jesús.

*Abbaye de St. Maurice Clervaux
Luxembourg*